

# La biblioteca de Valentinito Torquemada

## De prodigios y superdotados

Emilio Pascual\*

### TORQUEMADA EN LA HOGUERA

PRIMERA EDICIÓN: 1889



Benito Pérez Galdós  
(1843-1920)

Nadie ignora que Valentinito Torquemada era hijo de don Francisco Torquemada, a quien algunos historiadores inéditos de aquellos tiempos llamaron *Torquemada el Peor*. Su más autorizado historiador se limitó a narrar «cómo fue al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices consumió en llamas». Pero si el cura quijotesco —a cuyo peligroso ejercicio de colocar a los libros entre las ovejas o los cabritos, entre la salvación o el holocausto, ya hemos asistido— dictaminó a propósito de Esplandián, hijo de Amadís de Gaula, que no le había «de valer al hijo la bondad del padre», con más verdad hemos de decir en el caso de Valentín que la mezquindad, la «rebuscada y metódica saña» del padre usurero, no ha de empañar la inteligencia y la bondad del hijo.

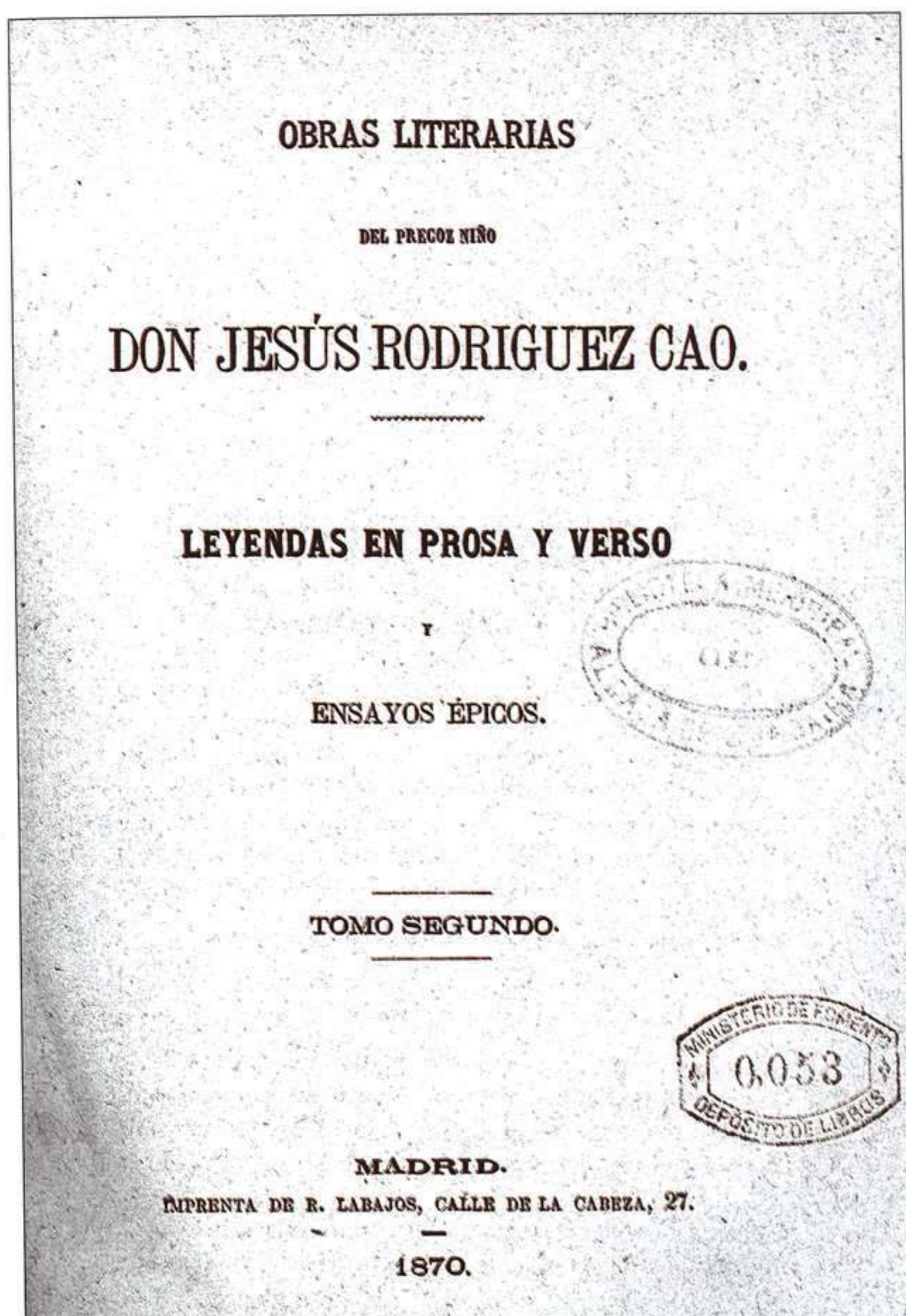
Valentinito Torquemada era la margarita en el muladar. Aquí el cronista de Torquemada, siempre tan comedido, casi se desliza por los resbaladizos campos de la ñoñería en su entusiasmo por el muchacho. «Porque (lo digo sinceramente) no he conocido criatura más mona que aquel Valentín, ni preciosidad tan extraordinaria como la suya. ¡Cosa tan rara! No obstante el parecido con su antipático papá, era el chiquillo guapísimo, con tal expresión de inteligencia en aquella cara, que se quedaba uno embozado mirándole; con tales encantos en

su persona y carácter, y rasgos de su conducta tan superiores a su edad, que verle, hablarle y quererle vivamente era todo uno... Espigadillo de cuerpo, tenía las piernas delgadas, pero de buena forma; la cabeza, más grande de lo regular, con alguna deformidad en el cráneo. En cuanto a su aptitud para el estudio, llámémosla verdadero prodigio, asombro de la escuela y orgullo y gala de los maestros».

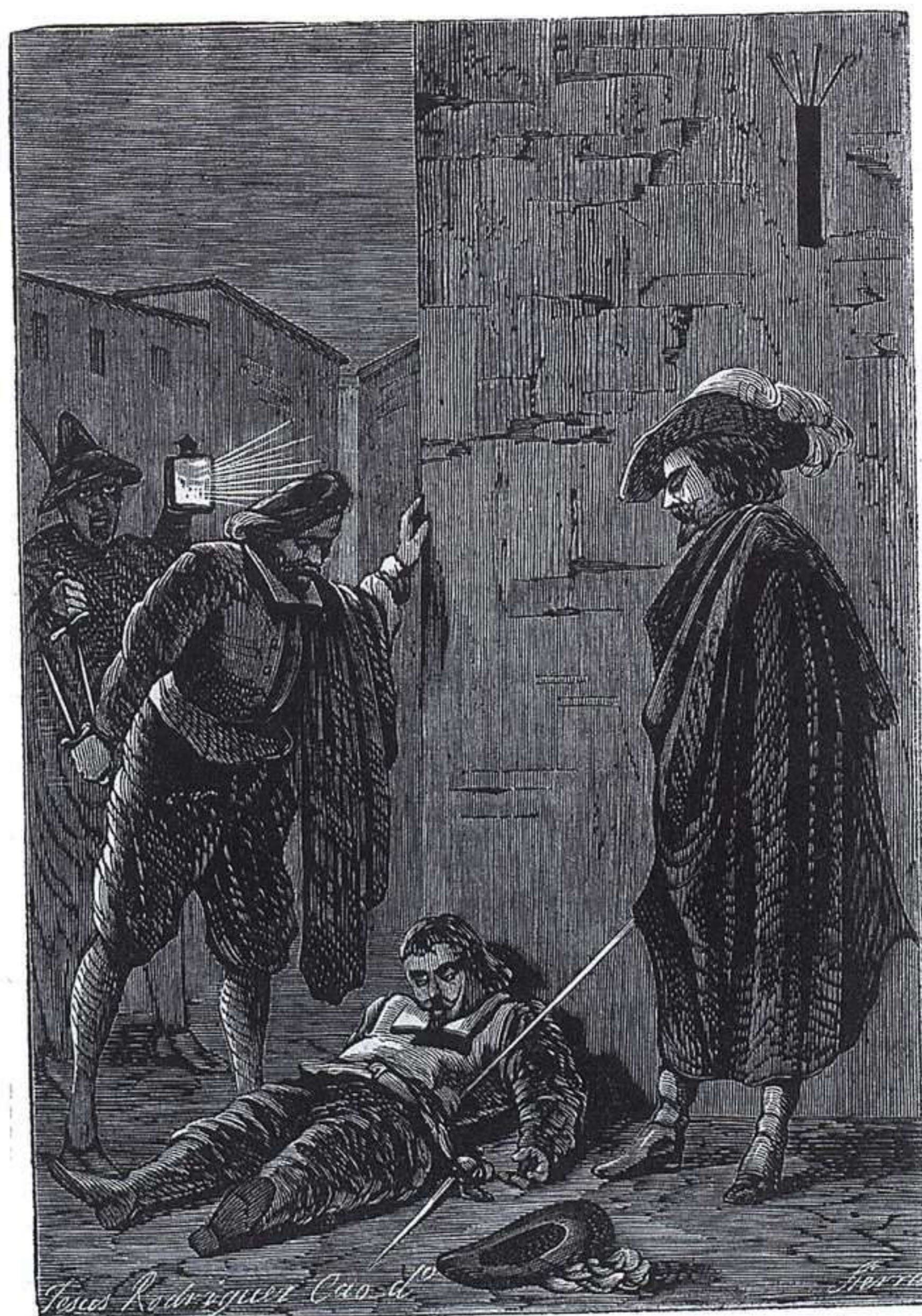
#### Genio y lector precoz

Verdadero prodigio. «Valentinito era el prodigio de los prodigios, un jirón excelso de la divinidad caído en la tierra». Aun rebajando algunos puntos el entusiasmo de su autor, no hay por qué poner en duda que aprendiera a leer «por arte milagroso, en pocos días, como si lo trajera sabido ya del claustro materno». Y si Mozart admiró a los cinco años por el vuelo de sus dedos sobre las teclas bicolors, tampoco hay por qué negar a Valentín Torquemada que a los cinco años supiera «muchas cosas que otros chicos aprenden difícilmente a los doce». Su afición por los libros está atestiguada, y la rapidez de su lectura parece que superó a la propia de su contemporáneo, don Marcelino Menéndez Pelayo.

El biógrafo de Valentín, tal vez arrebatado por el asombro que le causa la



Volumen de «obras literarias del precoz niño don Jesús Rodríguez Cao», publicado por la imprenta R. Labajos.



Rodríguez Cao ilustró, además, algunas de sus novelas. Ésta corresponde El estudio de un pintor.

precocidad del niño, omite la relación de títulos que poblaron la portentosa memoria del niño. Sólo recuerda cierto libro que le compró su padre: «una obra de viajes con mucha estampa de ciudades europeas y de comarcas salvajes». Y, por supuesto, menciona, así en abstracto, la *Gramática*, que «sabía de carrerilla»; la *Geografía*, que «la dominaba como un hombre»; pondera «sus inauditas facultades» para la *Aritmética*, hasta el punto de que, apenas recibidas «las nociones elementales de la ciencia de la cantidad, sumaba y restaba de memoria decenas altas y aun centenas». En fin, recoge la entusiasmada perplejidad del profesor de Matemáticas, el cual dijo un día a su padre:

«—Ese niño es cosa inexplicable, señor Torquemada: o tiene el diablo en el cuerpo o es el pedazo de divinidad más hermoso que ha caído sobre la tierra. Dentro de poco no tendré nada que enseñarle. Es Newton resucitado, señor don Francisco... Cuando este chico sea hombre asombrará y trastornará al mundo.»

Lo hizo aun sin llegar a hombre. Su biógrafo se apresura a dibujar un cuadro

«digno de figurar en los anales de la ciencia: cuatro varones de más de cincuenta años, calvos y medio ciegos de tanto estudiar, maestros de maestros, congregábanse delante de aquel moco, que tenía que hacer sus cálculos en la parte más baja del encerado, y la admiración los tenía mudos y perplejos, pues ya le podían echar dificultades al angelito, que se las bebía como agua... Valentín los miraba sin orgullo ni cortedad, inocente y dueño de sí, como Cristo niño entre los doctores».

No llegó a hombre. Ni siquiera a concluir la adolescencia. Y mientras una meningitis lo zarandeaba como el huracán a Dorothy, el padre de Valentín lo oía murmurar en el delirio de la fiebre: «Equis elevado al cuadrado menos uno partido por dos, más cinco equis menos dos partido por cuatro, igual a equis por equis más dos partido por doce... Papá, papá, la característica del logaritmo de un entero tiene tantas unidades menos una, como...».

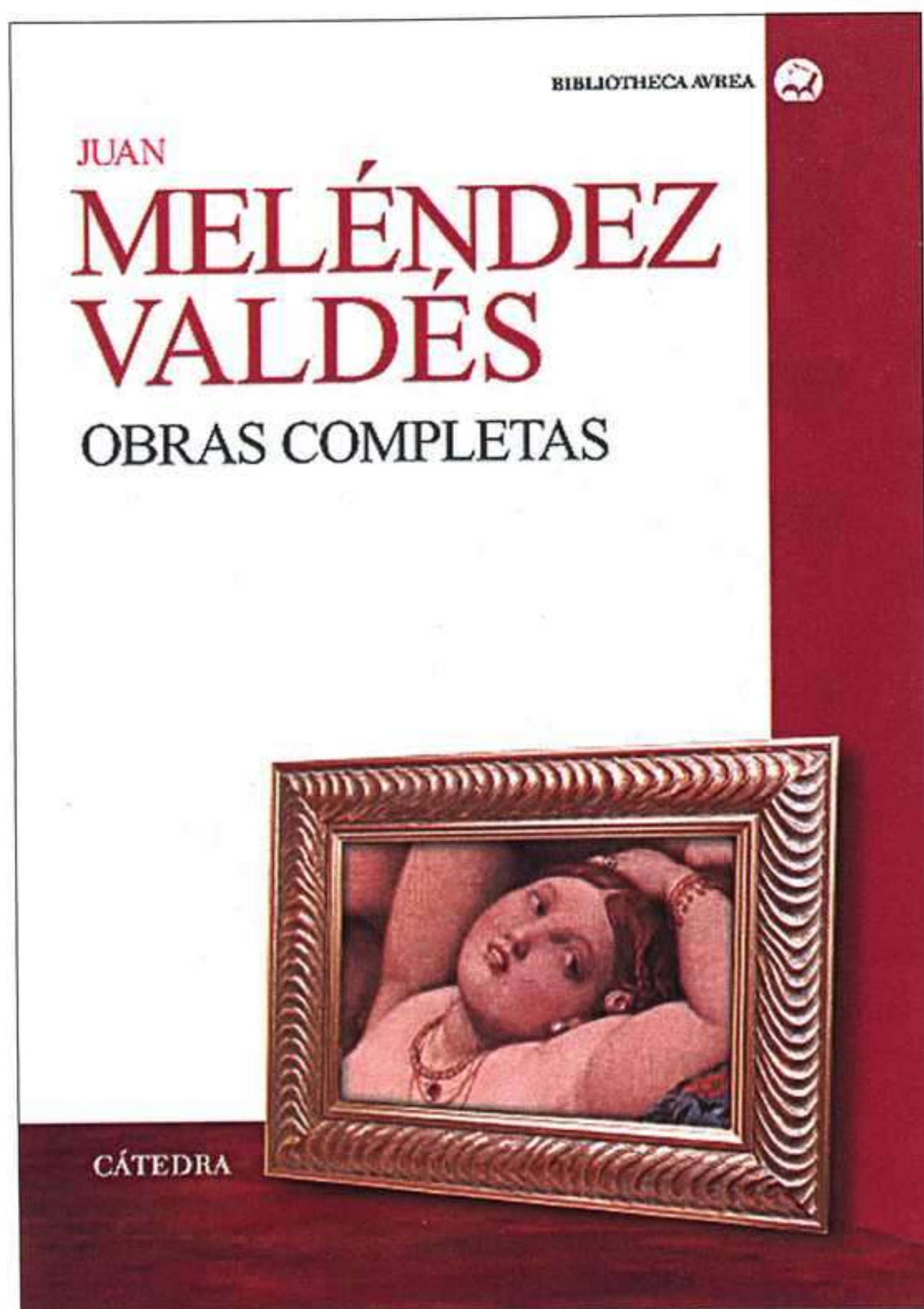
Un médico vulgar, que para más inri llevaba el nombre de Quevedo, había vaticinado que acabaría mal «¡tanto estu-

diar, tanto saber, un desarrollo cerebral disparatado!». Su receta llegó demasiado tarde: «Lo que hay que hacer con Valentín es ponerle un cencerro al pescuezo, soltarle en el campo en medio de un ganado y no traerle a Madrid hasta que esté bien bruto».

Valentinito Torquemada no llevó el cencerro al pescuezo, pero tampoco llegó a ser Newton. La meningitis que lo asedió una tarde de febrero de mil ochocientos setenta y tantos acabó con la vida del futuro genio —«ese prodigio que no parecía de este mundo»— y con el rapto de misericordia de don Francisco Torquemada.

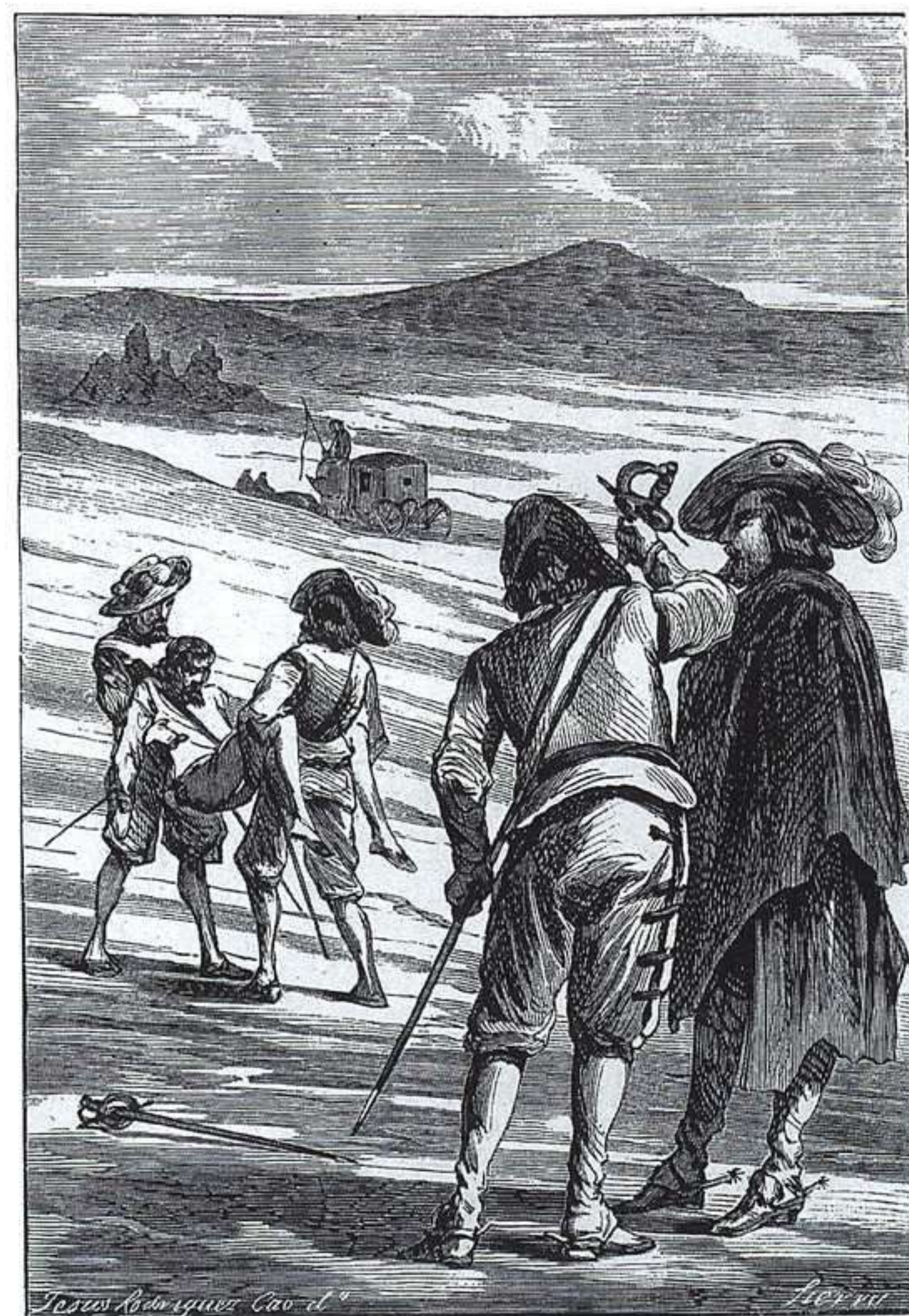
### Otro niño prodigio: Jesús Rodríguez Cao

¿Quién dijo que la realidad imita al arte? En la mañana del 14 de junio de 1868 moría con quince años en Madrid el niño Jesús Rodríguez Cao. De meningitis, por supuesto. Desde los nueve años colaboraba con sus versos en *El Norte de Castilla* y en *La Discusión*.



Portada de las Obras completas de Juan Meléndez Valdés, el doctor que examinó a otro niño prodigio de la época, Juan Picornell y Obispo, allá por 1785.

A la izquierda, otra ilustración de Jesús Rodríguez Cao para El estudio de un pintor, recogida en el segundo tomo de sus Obras completas.



Precisamente este último periódico le tributó los calificativos de *precoz*, *portento* y *prodigio*, resumiéndolo todo en un «bello monstruo», quizá por simetría con aquel «monstruo de naturaleza» que Cervantes dedicó a Lope de Vega acaso con más resignación que fervor.

Rivera y Delgado, su biógrafo, cuenta que aprendió a leer a los dieciocho meses, y que todavía en brazos deletreaba las palabras que veía en carteles y letreros. A los tres años vio una obra de Zorrilla; a los siete, recitaba versos en el teatro; a los once, se estrenó su primera obra teatral: hasta los reyes se hallaban entre el público. Añade Rivera que, sometido a las preguntas de un grupo de especialistas, parecía el bello Cao como un «nuevo Jesús en medio de los doctores». Es evidente que Valentín Torquemada fue el espejo de Rodríguez Cao.

En mi biblioteca yace un volumen de «obras literarias del precoz niño don Jesús Rodríguez Cao», publicado en la imprenta de R. Labajos, Madrid, 1870. Es el segundo volumen de un total de cuatro, pues es de saber que, a su muerte, el niño prodigio «dejó más de cien mil versos originales, entre impresos e inéditos,

y tantas páginas de prosa como de poesía. Sus *Obras literarias* ocupan cuatro volúmenes y contienen más de cien poesías líricas, cuatro poemas narrativos del género fantástico, un poema épico, tres ensayos de poema épico, cuatro leyendas en verso, un poema burlesco, siete obras teatrales, cuatro novelas y catorce cuentos y artículos». <sup>1</sup> En el tomo segundo, que además lleva ilustraciones suyas, pueden leerse cosa como ésta:

«Cuando la fortuna insana  
al triste humano persigue,  
y la desgracia le sigue,  
igual hoy, igual mañana,  
cuando ni pierde ni gana  
en su desdichada suerte,  
el hombre más duro y fuerte  
en cruel desesperación  
exclamará con razón:  
¿Por qué no viene la muerte?»

Triste es vivir cuando siente  
el alma un penar agudo,  
cuando sufre el mortal mudo  
en el mundo delincuente;  
cuando no tiene su frente  
donde poder descansar,  
ni tiene quien consolar  
quiera su dolor y pena,  
porque siempre le encadena  
la ley... ¡Sufrir!... y ¡Callar!...»

Una carta de Gaspar Bono Serrano daba noticia de su fallecimiento al «ilustrado literato francés» Antoine de Lattour, a quien el «bello monstruo» había dedicado un idilio titulado *Los montes de Arcadia*. Las líneas finales resumen su dolorido sentir: «Creo con la más profunda convicción que, si Rodríguez Cao hubiera vivido algunos años más, hubiera sido un Homero, un Píndaro, un Horacio, en verso, y un Cicerón, un Fr. Luis de Granada, un Cervantes o un Jovellanos, en prosa».

## El tercer caso: Juan Picornell y Obispo

Es casualmente Meléndez Valdés, un buen amigo de Jovellanos, quien da noticia de otro caso anterior, pero más trágico: el del niño Juan Picornell y Obispo, que también era exhibido por su padre como un niño Jesús entre doctores. Un documento, fechado en Salamanca el 15 de abril de 1785, y firmado por los doctores Juan Meléndez Valdés, Juan Toledano, Santos Rodríguez de Robles y Manuel Blengua, refiere el



*Ilustración de Jesús Rodríguez Cao para La casa del misterio. El niño prodigio nos legó unas Obras literarias que ocupan cuatro volúmenes y contienen más de cien poesías líricas, cuatro poemas narrativos del género fantástico, un poema épico, tres ensayos de poema épico, cuatro leyendas en verso, un poema burlesco, siete obras teatrales, cuatro novelas y catorce cuentos y artículos. Murió en Madrid, en 1868, con 15 años.*

examen a que fue sometido y que no me resisto a transcribir:

«Los doctores nombrados por la universidad para testificar sobre el examen público tenido en el general mayor de Escuelas Menores el día 3 de abril de este año, por don Juan Picornell y Obispo, niño de tres años, seis meses y veinte y cuatro días de edad, dicen:

Que asistieron a dicho examen desde el principio al fin, tan movidos de curiosidad como desconfiados, por parecerles casi imposible se redujese a otra cosa que a algunas pocas y fáciles preguntas de doctrina cristiana. Parecíales también tierna su edad para sostener en público un examen, y recelaban, no sin fundamento, que el bullicio y la confusión le acobardasen o sorprendiesen. Pero todos sus temores fueron vanos: preguntósele al niño del Antiguo Testamento por el *Catecismo histórico* de Fleury, y a todas estas preguntas respondió con puntualidad; se le preguntó con extensión la doctrina cristiana, y respondió también; la división general del globo terráqueo, y la de Europa más particularmente, sus principales montes y ríos, sus Estados capitales, nombres de soberanos actua-

les y varios gobiernos, y a todo satisfizo con suma prontitud, y por unas respuestas tan breves como oportunas; preguntósele la división de España, sus reinos y provincias, sus montes, ríos, origen y desagüe de ellos; primeros pobladores, carácter de los naturales, establecimiento de la religión en ella; nombres de los soberanos que han merecido el título de católicos; papas que se lo concedieron; origen, estado y variaciones de la lengua, y otras cosas sobre los españoles y la España; sus límites, longitud, latitud, etc., y a todo satisfizo del mismo modo. Hiciéronsele muchas preguntas en el mapa de Europa pidiéndosele varios lugares, sin orden alguno, y los señaló sin detenerse; de manera que, aunque no se le preguntó con igualdad sobre todos los puntos que ofrecen los artículos impresos del examen, creen los comisarios que a todos ellos hubiera satisfecho del mismo modo. El tiempo que este duró fue hora y media, pocos minutos menos, y las preguntas en su estimación pasaron de trescientas, acaso con mucho exceso por la velocidad con que se le hacían y su brevedad suma en satisfacerlas, tanto que a veces fue preciso mandarles pre-

guntar con más detención para no fatigarle. Hubo un concurso innumerable escuchándole, y por dos o tres veces un alboroto y voces nacidas del regocijo, y los aplausos capaces de sobrecoger a cualquiera; pero el niño se mantuvo siempre sereno, pidiendo algunas veces agua, y una vez brindó con mucha gracia a la salud de todos. Cesó el examen por los vivos y peticiones de las gentes, habiendo el mismo niño insinuado que ya se fatigaba; aunque su padre instó mucho a que se preguntase más y más; pero, si hubiese seguido, no hay duda alguna que hubiera satisfecho a cuanto se le hubiese pedido, según los artículos del impreso. Los comisarios no pueden ocultar que sus respuestas fueron con arreglo, y en las mismas precisas voces que se le habían enseñado; pero también es cierto que se alteró el orden de ellas, sin que por eso dejase de responder con la misma prontitud, y sin detenerse ni haber faltado en tan crecido número de interrogaciones, sino unas dos veces. Por último, creen los comisarios que el niño don Juan Picornell es un prodigio de memoria, comparable tal vez al españolito cristiano Enrique y otros, y mayor

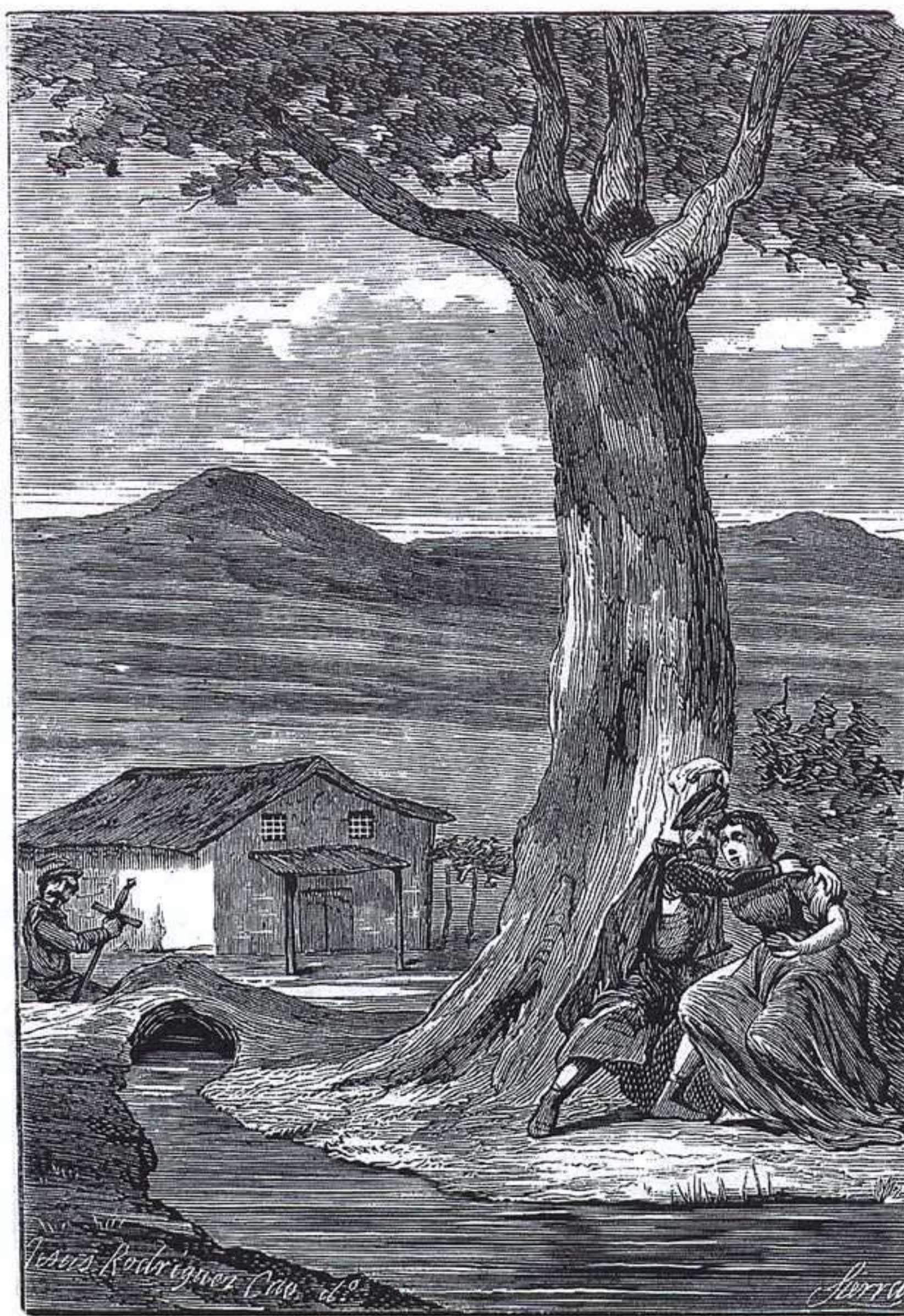
# CON ESTE NÚMERO SE INICIA EL VOLUMEN 17

VOL. 1 N° 1 AL N° 12	- 1988 - 1989
VOL. 2 N° 13 AL N° 23	- 1990
VOL. 3 N° 24 AL N° 34	- 1991
VOL. 4 N° 35 AL N° 45	- 1992
VOL. 5 N° 46 AL N° 56	- 1993
VOL. 6 N° 57 AL N° 67	- 1994
VOL. 7 N° 68 AL N° 78	- 1995
VOL. 8 N° 79 AL N° 89	- 1996
VOL. 9 N° 90 AL N° 100	- 1997
VOL. 10 N° 101 AL N° 111	- 1998
VOL. 11 N° 112 AL N° 122	- 1999
VOL. 12 N° 123 AL N° 133	- 2000
VOL. 13 N° 134 AL N° 144	- 2001
VOL. 14 N° 145 AL N° 155	- 2002
VOL. 15 N° 156 AL N° 166	- 2003
VOL. 16 N° 167 AL N° 177	- 2004

# CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

## BIBLIOTECAS IMAGINARIAS



Otra de las ilustraciones de Rodríguez Cao para La casa del misterio.

y más raro prodigio, no sabiendo aún leer, cosa que hace más dignos de alabanza los desvelos y la solicitud de sus padres en cultivársela. Notaron también alguna reflexión en sus respuestas, ya por no equivocarlás con las preguntas cuando se le alteraba el orden de estas, ya porque alguna vez que no entendió lo que se le pedía, se detuvo como haciéndose cargo, y ya por el examen variado del mapa. El niño es, además, robusto, muy vivo, de buen color y presencia, y su voz clara e inteligible, aun en medio de tan gran concurso. Todo lo cual por ser verdad lo testificamos y firmamos».

El padre lo exhibía como el suyo a Mozart, pero unos años después —el niño ya crecido—, vagaba el hombre por Madrid acosado de penurias. Por esta vez la necesidad aguzó el ingenio en sentido equivocado, y fue el cabecilla de la conspiración de san Blas (1795), que pretendía derribar a Godoy. Descubierta y condenada, fue el causante indirecto de la desgracia de su hijo, pues la sentencia incluía un colofón que hoy nos causa ira y pesadumbre: el pequeño Picornell, que andaba entonces por los trece años, fue apartado del estudio de las

letras y obligado a aprender algún oficio artesano «para que no pudiera incurrir en los desvíos de su padre». <sup>2</sup>

Por esta vez no tuvo razón el profeta Jeremías, <sup>3</sup> pues los padres comieron el agraz, y los hijos sí sufrieron la dentera. ■

\*Emilio Pascual es escritor y editor.

### Notas

1. Russell P. Sebold, «Galdós y el “bello monstruo” Rodríguez Cao», en *Ensayos de meditación y crítica literaria*, EUNSA, Salamanca, 2004, pág. 500.

2. Juan Bautista Mariano Picornell y Gomila había nacido en Palma de Mallorca en 1759. Estudió en Salamanca, y aparte de sus escritos sobre pedagogía, merece ser recordado por haber traducido la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* según la *Constitución francesa* de 1793. La pena de muerte le fue conmutada por el destierro a las Indias. Allí, sus ideales revolucionarios inspiraron la primera república hispanoamericana. Un nuevo fracaso en la independencia de Venezuela lo empujó a Estados Unidos y más tarde a Cuba, donde murió en 1825.

3. «En aquellos días no volverán a decir: “Los padres comieron el agraz y los dientes de los hijos sufren la dentera”» (Jeremías 31,29). Es evidente que en la época de Picornell aún no habían llegado tales días. El viejo proverbio es recordado también por el profeta Ezequiel (18,2).